

El corazón enterrado en las arenas

Javier Rey de Sola

*Este relato o escueta novelilla ¿quién puede afirmar
que no haya sucedido? Misterioso y sublime –como
el pueblo que prosperó en las márgenes del Nilo–
es el poder del novelista.*

Javier Rey de Sola - reydesola.com
Tendrán razón las hijas de la raza esclava cuando dicen que las mujeres buscaremos con ardor de perras al esposo, el que habrá de fertilizar nuestras entrañas como hace el Nilo cada año con las riberas que se dirigen al mar Verde. ¡Pero yo soy princesa, hija del faraón encarnación de Horus, el que vengó a su padre y que en la tierra lleva la corona doble, empuña el látigo y el báculo y en la guerra descabella al enemigo con la lanza! No miento y el faraón lo ha hecho cincelar sobre la piedra.

Javier Rey de Sola - reydesola.com
Ayer volvió de la guerra el general. Los correos, días antes, habían anunciado su victoria. Pueblo y principales salimos a esperarlo. Mis doncellas que sostenían el flabelo sobre mi rostro cayeron una a una, vencidas por los rayos implacables del padre de los dioses. El pueblo era como el río en la crecida. Muchos niños murieron pisoteados y el gemido de sus madres fue el anticipo del clamor con que serían recibidas las falanges. El polvo de los carros en la opuesta margen, dirigiéndose al puente de barcos de papiro que tendieron la noche anterior los artesanos, despertó gritos de entusiasmo hacia el faraón y el que regresaba victorioso. ¡Iniciaba Ra su nocturno recorrido de ultratumba cuando terminó de pasar todo el ejército! Nadie quiso ir a dormir.

Flameaba de antorchas la avenida. El faraón encarnación de Horus se sentaba en el trono, a la entrada del palacio, acompañado de su esposa principal, mi madre, cuyo lecho hace tiempo que dejó de visitar. ¡Bendiga Ra y todo el panteón a la real pareja! Los ejércitos del faraón –larga vida le sea concedida–, integrados por las negras razas meridionales de corazón esforzado en el combate; los habitantes del oeste, capaces de soportar la sed en el desierto; los asiáticos de cabezas peladas, capturados como botín en otras guerras y que pelean por el faraón hasta la muerte; los pertenecientes a la raza que adora un solo dios y a quienes se les permite practicar sus ritos; y tantos mercenarios de todas las naciones, desde el mar por donde emerge cada día Ra hasta las arenas ardientes, desde la caverna donde nace el Nilo hasta el mar que surcan los pueblos del océano, todos desfilaron ante el faraón, portador de la corona doble. Mi pecho tembló bajo la túnica cuando el general detuvo su carro ante mi padre y descendió, inclinando la cabeza ante sus plantas. El que lleva el látigo y el báculo pisó la curtidura cerviz del vencedor, levantándole a continuación del suelo. Rugió la muchedumbre disputando la visión.

Volvió Ra de su peregrinación por las doce regiones del mundo subterráneo –donde pelea con la serpiente Apep, que quiere devorarlo y que resulta vencida cada noche–, cuando fueron presentados a los pies del faraón el oro, el marfil, las esmeraldas y turquesas, los adornos y dia-

demás, las pulseras, los cinturones y pendientes que apenas ayer portaban príncipes y reyes, sus mujeres y concubinas, sacerdotes y todos los que ahora deben sufrir el cautiverio. También las hachas y rodela arrebataadas al enemigo, sus rotundos estandartes, desgarrados por la furia de los soldados de mi padre –el faraón, cuyos días se prolonguen–. El sol acariciaba con sus rayos las ofrendas. Me miró el general. ¡A mí, princesa, hija de la principal esposa de mi padre, el faraón hijo de Horus, el que vengó a su padre Osiris y conduce el gobernalle de la barca Meseke, donde navega Ra!

El faraón ordenó decapitar al ejército cautivo. Consternado rumor se elevó de la explanada. No quiso el faraón que quienes empuñaron el hacha contra él pasaran a la gleba, guiando el camino de los bueyes. Tampoco deseó que atendieran los molinos ni entraran a servir en las cante-
ras. El faraón, mi padre, protector del Alto y Bajo Egipto, no tiene necesidad de más esclavos. Muchos codos de altura alcanzaron sus cabezas. Las mujeres, dando gritos, se revolcaban como cerdas en el polvo.

El rey vencido, sus hijos, los hijos de éstos, las mujeres, concubinas y sirvientas –embriagaba el olor de la sangre vertida– se arrojaron a los piés del faraón suplicando clemencia. Mi padre no quiso complacerles, les reservaba peor suerte. Primero el rey, luego sus hijos y todos los

varones de la casa fueron mutilados de su hombría, que se arrojó a los perros. Se borraba para siempre de la tierra la estirpe rebelde, adoradora de Seth, el que mató a su hermano. Quedaron sus cuerpos retorciéndose en la arena. A la noche, los devorarían los chacales. Las mujeres fueron repartidas entre los generales de mi padre, que en su vientre engendrarán súbditos de Egipto. Mi padre regaló la antigua reina al jefe, el de cerviz curtida por el sol. Muchos días siguieron los festejos.

Me despojé de la túnica de lino, dejé mi cinturón y mis ajorcas. Desnuda me deslicé entre las plantas de papiro. Mis doncellas, temerosas de Sebek, el cocodrilo, suplicaban que no me alejara de la orilla. Es traidor el cocodrilo y nunca avisa. Sobre mi piel resbalaban las aguas que nos regala Jnum, el dios del Nilo, a quien los egipcios debemos el alimento. No hay perfidia como la perfidia de mujer, dicen las hebreas que tejen para nosotros y nos sirven. También previenen de la ira de la mujer celosa, y yo lo estoy. El general lleva muchas noches disfrutando de la antigua reina. Acaso la conserve como esposa o, fatigado de sus caricias, la entregue a la diversión de sus soldados. Si esto ocurre, mis celos habrán sido como la nube que apenas aparece se disipa. A lo lejos, la barca del general alanceando el hipopótamo.

En el palacio, tras la siesta, me reí. Mis doncellas me miraron sorprendidas, porque mi rostro llevaba sombrío mucho tiempo. Bromeando, llegaron a decirme que era como Ra cuando le picó la serpiente que le puso Isis para obligarle a revelar su nombre secreto. Tuviera yo el dolor del padre de los dioses, contesté y se atribularon. Me quisieron asustar asegurándome que me ajaría prematuramente y que ni ungüentos, ni afeites ni toda la ciencia de las maquilladoras podría devolverme el esplendor. Por eso –lo dicen y las creo– les ha gustado que me riera.

¿Qué habría ocurrido –éste es el motivo de mi risa– si, desafiando la profundidad del Nilo, burlándome de los hijos de Sebek, el cocodrilo, hubiera nadado hacia su barca, desde la que caza el hipopótamo? ¿Me habría él incorporado desnuda sobre la cubierta? Seguramente, se cayera por la borda de sorpresa. Ellas se contagiaron de mi risa. El sol fulgió largo rato sobre Nut hasta que callamos. Luego pensé que no me habría gustado que me alzara de las aguas, como un pato de los que se destinan a la mesa. Hice bien en no nadar hacia su barca.

Los sacerdotes han prevenido al faraón. La carcoma se ha introducido en la tierra de Egipto, buscando horadar su fortaleza. Los sacerdotes han recibido esta advertencia de los dioses. Mi padre –larga vida le conceda Ra– ha enviado espías tanto al norte, donde se despliega el Nilo en muchos brazos y se abandona en el regazo del océano, como al sur que habitan los de tez

oscura. Al desierto interminable del oeste, donde mueren de sed los viajeros, al mar del este y, más allá, al país entre dos ríos, que se pretende tan antiguo como el nuestro. Volvió a entregar el Nilo el fértil limo, pero no se han confirmado los augurios. Los sacerdotes se han debido equivocar. No siempre los dioses hablan claro.

He visitado la tumba de mi padre –tarde su corazón en ser pesado en la balanza–. Dos doncellas sostenían el flabelo sobre mi cara. Las reñí, pues dejaban que Ra me acariciara las mejillas. Parpadeaban mis pintados ojos. Sé que no les gusta acompañarme, pues temen al mundo de ultratumba. Las he tenido que amenazar todo el camino. Polvo, piedras, capataces y canteros. La mole inmensa, contra el cielo. En pocos años, habrá sido terminada.

Entré en el corredor, uno de tantos. Suplicaron las doncellas que las dejara fuera. Se ofreció a acompañarme el arquitecto. Lo desdeñé. La hija del faraón –el que sujeta el báculo y el cayado, portador de la corona doble– se atreve a pisar sola la antecámara del Tuat, donde reina para siempre Osiris. El arquitecto dispuso las bruñidas planchas que recogen la sonrisa de Ra, iluminando los profundos rincones de la tumba. Así trabajan los artistas las entrañas de la piedra. Conozco la escritura de los dioses. Las paredes relataban las hazañas de mi padre, los conjuros para que su entrada en el Amenti sea benigna e invocaciones al que mora en File y

cuyo cuerpo desmembró su hermano Seth. El faraón, Horus en la tierra, recuerda en los muros su sagrado parentesco. Tampoco a mí me gustó entrar en la tumba. No sé por qué quise venir. Otra vez fuera, agradecí el calor de Ra.

Mi doncella de Nubia –negra es su piel, pero claros son sus pensamientos– restañó con sus dedos mis lágrimas de anoche. El general ha pasado con su carro ante el palacio. No ha querido detenerse y todavía ha azotado más los corceles. Se sigue acompañando de la antigua reina cada noche. Mi padre, el faraón –Ra le proteja–, le ha hecho un regalo a la medida del deseo. La hija de Nubia se apena con mis lágrimas. Ayudada de las otras, cuyo corazón también sufre conmigo, me ha bañado y perfumado. Según me daban masajes, me dormí.

Mi cuerpo se tendía inmóvil en su lecho. Lloraban mis doncellas, sin advertir que mi Ka se desprendía de mí como una túnica. Los embalsamadores aguardaban en la contigua estancia, para conducirme al lugar donde ejercen su espantoso oficio. Estoy de repente frente a Anubis, que me arrancó –sentí un dolor terrible– el corazón de mi doble. A sus pies, Ammit, el devorador, que se relamía de los corazones que había engullido esa jornada. No tenía fuerzas, pero mi Ka permanecía erguido frente a Anubis. Detrás de éste, y más allá de la balanza, Osiris en su trono, que flanquean su hermana y esposa, Isis veneranda, y Neftis, en la que engendró el

dios compasivo al de cabeza de chacal. Mi corazón es puesto en la balanza. La diosa Maat, que es justa y verdadera y cuyo criterio resulta insobornable, depositó en el platillo opuesto su liviana pluma. Con horror, contemplo cómo cae mi corazón a tierra. Isis y Neftis, las hermanas, lloran. Vuelve la cabeza Osiris. Thot, sabio entre los sabios, suspende su cálamo en el aire.

La esclava de Nubia –lo afirma y yo la creo– conoce sortilegios superiores a los de nuestro pueblo que crece junto al Nilo. Sabe el conjuro para volverse invisible, para provocar el odio entre amigos y que nazca el amor donde existe indiferencia. Mi sueño de muerte –todavía tiemblo– ha hecho que aflore su compasión y ponga su arte a mi servicio. En el sur, más allá de donde Jnum vierte las aguas, mantienen estos misterios en secreto. Los sacerdotes en sus templos no lo saben todo. Quizá nuestro pueblo tenga todavía que aprender. Ella, mi esclava de Nubia, hará que el general me ame.

Isis me mira con benevolencia y agrado. La que recorrió sin desfallecer el país del Nilo en busca de su esposo; la que, disfrazada de anciana, fue más allá de las fronteras llegando a la ciudad de Biblos, donde encontró el cofre en que permanecía encerrado el traicionado Osiris –dulce era el perfume que despedía la madera–; aquella que juntó luego los pedazos en que dividió Seth el cuerpo del hermano y le permitió por fin acceder al Tuat, desde donde gobier-

na a los muertos y cuyo sacrificio nos hizo a todos inmortales; aquélla, digo, me ayuda en mi empresa paralela. El general ha venido a verme. El hechizo de la de Nubia ha funcionado. La he regalado una sortija.

Mi padre, el faraón –su corazón está contento–, ha celebrado una fiesta. Sus hijos e hijas; sus esposas –mi madre, como esposa principal, se sentaba a su derecha–; las concubinas, los encargados de las finanzas, sacerdotes y todos los que sirven al monarca encarnación de Horus han sido invitados. El general, desdeñando a su cautiva reina, me miró. Ya no me molesta que me mire. Mi blanco pecho se agitó bajo mi túnica. Danzaron al son del sistro bailarinas. Sonaron platillos y campanas, y arpas y laúdes dejaron oír sus tiernas notas. Se derritió el incienso sobre nuestras cabezas. Mi padre se complació y todos con él.

La excitación había hecho volar mi sueño. Hacía calor, me desnudé. Mis doncellas dormían y no quise despertarlas. Consciente del peligro –cuando Sebek tiene hambre, aguarda entre las cañas–, bajé hacia el Nilo. Cabrilleaba la superficie, serenamente iluminada por la luna. Sentí rumor a mis espaldas. No sería la primera vez que ataca el cocodrilo desde tierra. Retrocedí y mis tobillos se hundieron en el agua. Era el vencedor de los pueblos rebeldes –se le conoce ya por este apelativo–. Merece en verdad su nombre. Sus ojos pintados reflejaban la crueldad con

que sometió a los enemigos de mi padre. Hace bien el faraón en confiarle la defensa de los dos reinos. Ya he dicho que me miró en la fiesta y vino a verme.

Me encontraron mis sirvientas tendida en la terraza. No sé cómo llegue. Se alarmaron al contemplar la sangre entre mis muslos. Me reí. Ellas, al comprender, también rieron. Me bañaron, me aplicaron bálsamos y me dieron una droga que me hizo dormir hasta que Ra hubo trazado casi todo el recorrido sobre Nut. Al despertar, me estaban rodeando. Les conté mi sueño. Sebek salía de las aguas, tronchando los cañaverales. Me alcanzó sobre las losas que circundan la casa de mi padre. Había seguido las húmedas huellas de mis pies. No alcancé a gritar y le miré de frente. Me poseyó Sebek, el general. Rieron. La de Nubia me dijo que no podía Isis haberme hecho mejor regalo. Me bañaron y vistieron. Toda la noche permanecemos conversando.

Me hice conducir en mi litera a la explanada donde luchan los soldados. No me gusta contemplar cómo adquieren su pericia para el combate, pero el general estaba allí. Recorría en su carro las falanges, golpeando con su maza a los que se demoraban en la táctica. Su mirada, que abarca largamente, me divisó. Ordenó a su auriga que pasara junto a mí. Al acercarse, las ruedas me lanzaron una nube de polvo. El general se perdió entre los soldados. Me irrité. Mis

doncellas intentaron no reírse y sus rostros enrojecieron del esfuerzo. Las pegué. Ordené a los portadores que me condujeran de regreso. En el palacio, me quité la túnica y la rasgué con ambas manos. Destrocé jarrones traídos de los confines del imperio y que me regaló mi padre –a mí, la hija favorita del faraón de las dos tierras.

Mis doncellas me lo habían desaconsejado. Es naturaleza del guerrero descansar y solazarse por la noche, me dijeron. No quise escucharlas. Me dirigí hacia donde duerme el general. En el pórtico, oí risas y cánticos. Desfallecí, me tuve que apoyar en la pared. El general se divertía con ramerías. Mis sirvientas tenían razón, insistieron en que debía retirarme. Pero el orgullo de una mujer, más dilatado si es princesa, es peor que el fuego. Entré. Se sorprendieron. Levantó su mirada de beodo. Le llamé perro. Le comparé a Sekhmet –en mi furia se lo dije–, enviada por nuestro padre Ra para castigar por su maldad a los rebeldes hombres. Y como Sekhmet, la leona, que presta su furia en la batalla, y que hubo de ser engañada por nuestro padre Ra dándole a beber pigmento rojo como si fuera sangre, él ahora bebe de lo que le ofrecen bailarinas y meretrices. Me ardió la cara, mi pecho tembló bajo mi túnica. Rieron aquéllas, el general también rió. Mis doncellas estaban acertadas. Los pasos de una mujer no deben conducirla demasiado lejos. No soy Isis, que viajó por la tierra entera en busca de su esposo. El general tiene el espíritu de la hiena, que ríe cuando se cubre Nut de estrellas.

Hablé en mi ira de Sekhmet. Pero ¡ay!, no sabía lo que decía. Sekhmet también es Hathor, la señora del amor que, ahíta de sangre, se convirtió de odiadora en amante, o quizá sean iguales ambos sentimientos. El general sólo conoce el frenesí de la lucha y el deleite que sucede a ésta, cuando el adversario ha sido dominado y sus mujeres suben al tálamo extranjero. Sé que no me ama. Ha fracasado el sortilegio de la de Nubia. Se lo dije. Llorando, se arrojó a mis pies. No encontré placer en castigarla. Me alejo de los verdes huertos y corro hasta caer rendida en el polvo del desierto, indiferente al asalto de las fieras. Conozco el poder del general y la razón de que le teman, porque yo le temo. Acaso también el faraón le tema y por eso le colme de regalos. La antigua reina con la que pasaba las veladas ha sido repudiada. Lo sé porque me lo han contado. No me alegro. El general Sebek, el cocodrilo.

He visto a la esposa de mi padre –mi madre, que se sienta en el trono junto a él–. Me pareció que Seth miraba por sus ojos. Así fue la mirada del maligno –lo recitan los sacerdotes en los templos– al introducir en el cofre a Osiris, soberano del reino de ultratumba. Recordé mi sueño en que mi corazón se hundía en el platillo. No encuentro contento y el alimento me resulta insípido. Mis sirvientas, sospechando algún veneno, lo prueban antes de dármele a comer. Han aparecido gatos muertos.

El faraón, mi padre, ha amanecido sin vida en su lecho. Me despertaron los gritos en palacio. Esclavos y funcionarios corrían de uno al otro lado, obedeciendo inciertas órdenes. Rápidamente se asentó el rumor: el faraón ha sido asesinado. También –poco tardamos en saberlo–, mis hermanos a quienes correspondía sucederle. Las sirvientas y yo permanecemos sin atrevernos a salir hasta que me llamó mi madre. Disponía como si fuera hombre y había llamado a las plañideras, cuyo llanto parecía el de Seth cuando Horus, su enemigo y el vengador de su padre, le atravesó el paladar con el arpón y se lo hundió hasta el fondo del cerebro. Se ha proclamado el nuevo faraón –no puedo desearle larga vida.

El brazo derecho de mi padre, el que sometió en su nombre a los pueblos limítrofes, aquel que siempre regresara victorioso de la guerra es quien porta ahora en su cabeza la corona doble y sostiene el látigo y el cayado. Éste es el que anunciaron los augures en el templo y que mi padre buscó en los confines del imperio, cuando lo tenía junto a sí y lo alimentaba de su mano en los banquetes. El general quería subir la escalinata ante la que tantas veces se inclinó y sentarse en el lugar que ocupó mi padre. Quien defendió el imperio lo defendía para sí. El camino de la ambición es tortuoso. Ra nos proteja y proteja también al pueblo.

Mientras el faraón muerto es preparado por los embalsamadores –sea afortunado su viaje al país de las sombras–, ya el usurpador había confirmado a mi madre como esposa principal y copartípe del trono, ayuntándose con ella en el lecho todavía tibio de mi padre. Mi nuevo padre me tomó a mí también como esposa. Mis doncellas me engalanan para él. Me bañan con agua perfumada, ungen mi cuerpo de resinas olorosas y ponen en mis tobillos ajorcas de oro y piedras traídas del país de Punt, vistiéndome con el mejor lino. Ellas quieren agradar al nuevo faraón y me recuerdan la vez que me favoreció.

He mirado por última vez el Nilo. No volveré a acudir a sus orillas. Quizá mi conducta desagradó a Isis, que decidió castigarme con el amor que le pedí. He obtenido lo que deseaba, pero no lo deseo ya y tampoco antes en realidad lo deseaba. ¿Quién conoce el corazón de una mujer? Hoy, cuando se oculte Ra en las montañas del oeste e inicie su viaje al reino de ultratumba, heriré con el puñal mi pecho. El faraón, que viene a visitarme, encontrará frío mi cuerpo para el abrazo. Castigaré con mi propia mano mi arrogancia, y espero que mi corazón que sangra no desequilibre el fiel de la balanza que custodia Anubis. Que Osiris, el dios que murió y resucitó, autorice mi entrada en el Amenti, donde moraré para siempre. No obré mal ni cometí pecado y traté con suavidad a mis doncellas.

Mi esclava de Nubia ha sido compasiva. Al calmar mi sed, mezcló una ponzoña que me conducirá sin sentirlo al reino de las sombras. Ha bebido ella también. Me adormezco. En seguida subiré a la barca de Ra. Encontraré a mi padre allí donde la tierra rinde su fruto sin temor a la escasez, donde los administradores no roban el grano y el látigo del capataz no relampaguea sobre las espaldas del campesino. El país que dejó –hagan por mí los sacerdotes sus ofrendas– se sumirá algún día en el polvo y el olvido. No se guardará de mí memoria –que Thot escriba mi nombre con su cálamo–. Las ruinas que surjan de la arena serán motivo de pasmo e incomprensión para el viajero, que evocará la pálida sombra de su olvidada belleza en su cuaderno: templos, tumbas, avenidas y palacios, el eterno fluir del río de la vida, que es el Nilo, y los perezosos barcos hechos de papiro, con su vela cuadrada empujada por el viento. Mi corazón, acaso lo comprenda el viajero, estará enterrado en las arenas.

FIN